

★ *Cayó en el Descrédito la Mitología del Estado*

# Vuelta al Liberalismo

- ★ Cosío Villegas Previó que México Erraría el Camino
- ★ Vivimos un Cambio Profundo del Concepto de Autoridad
- ★ Triunfo Histórico de la Democracia Ortodoxa en el País

Para Isabel

ENRIQUE KRAUZE

“Soy un liberal de museo; lo soy en un doble sentido: puro y anacrónico”. Cuando escuché a Daniel Cosío Villegas hacer esta confesión no advertí su leve tono melancólico. Muchas personas admiraban su obra de historiador y ensayista; muchas más celebraban aquellos maravillosos artículos sabatinos en la página 6 de EXCELSIOR; pero me temo que, en unas y otras, los motivos de reconocimiento rozaban apenas la cabal comprensión del escritor.

— Mi generación, por ejemplo, celebraba su imper-tinencia, su humor, la naturalidad con la que aquel

# VUELTA AL LIBERALISMO

Segue de la primera plana

viejo, más allá del bien y el mal, se daba un lujo que nosotros lastimados aún por el 68, no podíamos darnos: criticar a los hombres del poder. Lo cierto, sin embargo, es que ignorábamos el origen y significación de su propuesta. Nosotros —unos más unos menos— proveníamos de la cultura crítica de los sesenta en la que el marxismo ejerció una influencia decisiva. Cosío Villegas representaba un tipo intelectual muy distinto y poco común en nuestro país, un extraño liberal británico nacido por casualidad en la calle de Isabel la Católica, que se dedicó a estudiar a los liberales mexicanos del siglo XIX con un compromiso a tal grado profundo, que en sus últimos días comentaba: "Ahora me parece increíble la cantidad de hechos, personas y actitudes que llegué a conocer. Por momentos pienso que viví más entre los hombres de la Reforma que en el siglo XX".

Para "hacer en verdad pública nuestra vida pública", Cosío escribió sobre los actores de nuestra política sometidos a una crítica feroz. Su objetivo era claro: resaltar la distancia que media entre nuestro sistema político y una verdadera democracia. Por eso insistió tanto en la necesidad de poner diques al poder presidencial y al monopolio del PRI, por eso siguió con detenimiento los dichos y hechos del presidente y su gabinete. La generación del 68 leía estas críticas perdonando la vida al crítico; en el fondo, las juzgaba inocuas: ¿Qué importaban los asuntos palaciegos, dimes y diretes de la "clase burguesa en el poder"? Con el advenimiento de la sociedad sin clases las nimiedades políticas quedarían resueltas. Cosío Villegas nos hablaba de la libertad, nosotros buscábamos algo más glorioso: la liberación. En efecto, nos parecía un "liberal de museo".

★

Cosío Villegas fue un solitario que reflexionó sobre su soledad. Vivía, y sabía que vivía, en un país y un siglo alejados del liberalismo. Como testigo de los momentos iniciales y luminosos de la Revolución mexicana, pensaba que ese "primer asalto al bastión del liberalismo" —la frase es suya— tenía una plena justificación histórica. La Revolución, —escribió en 1956— "esa colosal empresa" de destrucción de un orden antiguo y construcción de uno nuevo, había contado con el esfuerzo de los individuos, pero la iniciativa y a veces la ejecución íntegra "se confiaban al Estado renunciando al concepto liberal ortodoxo de un gobierno abstencionista".

Por otra parte, a partir de la Primera Guerra Mundial el cuadro global

se había modificado en el mismo sentido aunque, sin duda, con una menor justificación. Aquella otra colosal empresa de destrucción y reconstrucción había reclamado también una concentración de poder sin precedente. Entre sus perplejidades, el siglo XX vería aparecer en Rusia la "primera dictadura que no se avergüenza de su nombre", la "plaga del nazifascismo", lo mismo que formas benignas de gobierno fuerte como la "nueva mano" rooseveltina. Junto a estos cambios históricos, casi todos lamentables, que apuntaban hacia una negación del liberalismo, había sobrevivido uno, quizá más generalizado y decisivo, que por convicción y por biografía Cosío Villegas no podía compartir:

**el del concepto de la autoridad, de lo que es un gobierno, de lo que puede y debe esperarse de él. Se le pide, por sobre todas las cosas, y antes que todo, eficacia; eficacia para resolver los problemas del individuo, de la familia, del municipio, del Estado, de la Nación y del mundo.**

★

Aunque fue siempre una especie de "liberal natural", es hasta 1946 cuando Cosío Villegas comenzó a sospechar que su país y su siglo habían errado el camino. No descreyó del programa social de la Revolución mexicana ni pensó que toda intervención estatal es por principio nociva, pero lamentó la ineficacia práctica de ambas, este fracaso tenía, a su juicio, una raíz política: el abandono del ideal democrático y la sumisión de la sociedad al Estado.

Hay que reconocer ahora, después de la catástrofe de la segunda Guerra Mundial y no deberá olvidarse jamás, que la inocente tesis de Madero fue capaz de echar a la hoguera a varios millones de hombres que murieron defendiendo un pensamiento semejante.

Cuando en plena guerra fría América Latina enfrenta la opción —que entonces parecía hipotética— de optar por la URSS o por el mundo occidental, Cosío no dudó: "razones de fe, de teoría, motivos físicos y hasta orgánicos" lo separaban de los métodos comunistas. Muerto Hitler, quedaba Stalin. Al mediar el siglo, le parecían ya claras todas sus lecciones, entonces reafirmó su fe en el valor fundamental:

**La libertad individual es un fin en sí mismo y, a la vista de la historia de nuestros días, el más apremiante que pueda proponerse al hombre.**

A partir de esos años hasta su muerte en 1976, Cosío Villegas escribió miles de páginas —libros, ensayos y artículos— variando sobre el tema de la libertad en el caso de México su tesis central es sencilla y contundente: el Porfirismo y la Revolución voltearon la espalda a la República Restaurada, única época en la que rigió

la Constitución de 1856-1857. Al hacerlo, salvo en la aurora política del madurismo, México borró la mejor página de su historia:

**Nuestra historia tiene una sola página, una página en que México da la impresión de un país maduro, plenamente enclavado en la democracia y el liberalismo de la Europa occidental moderna. Y esa página es el Congreso Constituyente de 1856.**

La quiebra del sistema político mexicano ha confirmado las tesis de Cosío. Tras cien años de abandono (Porfirato más Revolución), las costumbres democráticas no se aprenden en un santiamén. Junto a aquellos liberales "fiera, altanera, insensata, irracionalmente independientes" que practicaban —o al menos buscaban practicar— la pureza electoral, la autonomía judicial, la división de poderes, el federalismo y el respeto religioso a la ley, nuestro desempeño actual es francamente pobre. ¿Dónde buscar lecciones pertinentes? No es necesario, aunque siempre es sano, asomarse a la experiencia sajona. Basta leer la Historia Moderna de México o, si el tiempo apremia, el más apasionado libro de Cosío Villegas: **La Constitución de 1857 y sus críticos**. De cualquiera de ellos se desprende una verdad: si como práctica política el liberalismo mexicano del siglo XIX ha sufrido un abandono centenario, como doctrina resiente una doble distorsión.

★

El primer prejuicio consiste en una "jacobinización" del liberalismo mexicano mediante la cual se reduce éste a sus componentes anticlericales. Desde el doctor Mora hasta los hombres de la Reforma, la verdad es más compleja. Los liberales, es cierto, buscaban limitar el poder de la Iglesia, pero pretendían también, y con la misma vehemencia, construir un orden democrático. El segundo prejuicio es igualmente grave: anacrónica, se "Revoluciona", por decirlo así, a la Reforma. Olvidando su peculiar filosofía política, la leyenda convierte al grueso de los hombres de 1857 en precursores de la Revolución o del socialismo. Así, aquel extraordinario despliegue democrático, que es la sustancia de la obra de Cosío Villegas, ha permanecido casi inédito para las generaciones del siglo XX, demasiado enamoradas del poder, demasiado inmersas en la idea convencional de que México nació en Querétaro en 1917.

Con todo, ninguna distorsión ideológica resiste permanentemente los embates de la dura realidad. En el umbral de los años noventa, ha llegado el momento de pensar por fuera de las categorías intelectuales de la Revolución —la mexicana y la mundial— y admitir que el liberalismo político, esa vacuna contra la intolerancia y las respuestas totales, tenía razón. En este sentido, la obra de Cosío Villegas adquiere una dimensión profética. Mucho

antes de que este país y este siglo entendieran el error histórico de confiar los destinos humanos a la autoridad, Cosío dejó un testimonio anticipatorio. Por desgracia, ya se sabe, nadie es profeta en su tierra. Supo que sus ideas no calaban en la sociedad ni influían en el gobierno. Es una lástima que al ignorarlas, los dos, gobierno y sociedad, perdieran un tiempo precioso. Es una lástima que Cosío Villegas no haya vivido para ver a la realidad reivindicarlas.

Ahora los términos se han invertido. El mundo asiste a un cambio profundo en el concepto de auto-

ridad. Poco se espera del gobierno. Pocos le piden ya que intervenga para solucionar los problemas del individuo, la familia, el municipio, el Estado, la Nación y el mundo. Aquí y en China, (a pesar de Tiananmen, tiempo al tiempo) la mitología del Estado y su constelación de ideologías, ha caído en el descrédito. Cosío Villegas diría con razón, como Borges, que la opción está en el anarquismo, la mejor de las utopías... salvo que no la merecemos. Pero más liberal que libertario, pensó que el problema real en esta tierra no es abolir el poder sino limitarlo, encauzarlo, repar-

arlo, llamarlo a cuentas. El tiempo le dio la razón sobre sus desatentos lectores, algunos de los cuales se resisten, aún ahora, a admitir lo obvio: que la estatolatría lleva al subdesarrollo que la política no es una práctica nimia o pasajera, que las sociedades son únicamente la suma de sus individuos y no un "nosotros" representado por el poder, que la democracia no es un sistema "meramente formal", que la libertad individual es un valor real y tangible mientras que la liberación —como metafísica o teología— conduce, en la práctica a regímenes opresivos.

El siglo de perplejidades ha terminado por revelar su rostro. Es claro que sin la corrección moral de la crítica marxista y socialista, las democracias liberales y capitalistas de Occidente —libres y prósperas— hubiesen adoptado un perfil social mucho más injusto. Pero es más claro aún que allí donde esas críticas se han erigido en gobierno el fracaso ha sobrevenido por partida triple: ni pan,

ni libertad, ni justicia. En la medida en que los intelectuales y políticos mexicanos, tanto en la oposición como en el poder, siguen obsesionados con las

categorías ideológicas que sedujeron al siglo XX ignoren las lecciones políticas y morales de la tradición liberal, la dura realidad será implacable: lo tomará por sorpresa, abrirá las vitrinas y los colocará en un nicho. Serán los nuevos "ideólogos de museo" puros y anacrónicos, como Daniel Cosío Villegas —coincidentemente, por nuestra fortuna— creyó ser.

**Palabras pronunciadas el 18 de octubre de 1989 en la ceremonia de develación de la placa del lugar de nacimiento de Daniel Cosío Villegas (Isabel la Católica Núm. 97).**

2